



“Ayer, hoy y siempre
a Zaragoza la defiende
su gente”

LOS SITIOS DE ZARAGOZA

La retirada del ejército napoleónico. Tregua y respiro.

La paulatina retirada de los franceses de Zaragoza, mediante la práctica de tierra quemada —destrucción del humilladero de la Cruz del Coso, saqueos, incendio del palacio de los condes de Sástago y de Fuentes, etc.— no impidió que Lefévre liberase a algunos prisioneros hechos durante el asalto —entre ellos el P. Boggiero y las religiosas de Santa Rosa y de las Recogidas— quienes confirmaron las sospechas de una retirada definitiva del ejército francés.

Al concluir el día 13, tras una jornada de intenso bombardeo, una gran explosión sacudía a los zaragozanos manifestándoles la voladura del monasterio de Santa Engracia. Tal acto de despecho significaba el fin del asedio. Al clarear el día, los franceses habían abandonado el campo rumbo a Tudela, donde se acantonaron las fuerzas el día 17. Tras prender fuego a cuanto podía ser útil, más de medio centenar de piezas de artillería —arrojadas algunas a las aguas del Canal—, depósitos, material diverso, incluso heridos que no habían sido evacuados a Tudela en días anteriores, fueron abandonados. Se calcula que el número de bajas sufrido por el ejército agresor superó las 3.000; los defensores supervivientes en armas no pasaban de 13.000 hombres. El día 15, un Te Deum en el Pilar se elevaba sobre los ecos de los bombardeos pasados y los incendios recientes.

La persecución de los franceses en retirada, fue encomendada por Palafox el mismo día 14, a un pequeño ejército de unos 4.000 hombres, integrados por voluntarios de Huesca y Zaragoza, al mando del marqués de Lazán, con el objetivo de cortarles la retirada por Navarra. Tal contingente hubo de integrarse en la conjunción de fuerzas españolas que desde Castilla y Valencia abrigaban el objetivo común de batir y expulsar a los franceses. No escasearían conflictos de por celos y recelos de unos generales españoles sobre otros como pone de manifiesto el propio Palafox en sujs Memorias, lamentándose de la lentitud en marchar los ejércitos combinados del centro, de Valencia, y de Aragón, paladeando aquellos sus victorias «cuando aún había enemigo que vencer».

Mientras tanto en Zaragoza la vida cotidiana intentaba rehacerse. Conocida la salida del ejército sitiador, muchas familias que se habían refugiado en el campo huyendo de los rigores del sitio, comenzaron a regresar. Se formó un tribunal de seguridad pública para calificar los delitos de traición a la patria y una junta suprema de Sanidad. El día 16 de agosto se publicada un decreto de Palafox estableciendo recompensas para cuantos se hubiesen distinguido en la defensa de Zaragoza o hubieren de hacerlo en el futuro. Pero las tareas más inmediatas de carácter sanitario, exigían enterrar a los muertos, dejar expeditas las calles de las pasadas barricadas, desinfectar masivamente las calles, reconstruir las defensas dañadas, reparar los fortines, talar el arbolado que rodeaba la ciudad y autorizar a los paisanos que volviesen a sus lugares de origen —si estos no estaban ocupados por los franceses— para concluir las tareas de la recolección —si no habían sido destruidos los sembrados— y proveer de víveres a la ciudad.

Fueron numerosas las manifestaciones de adhesión dirigidas a Zaragoza desde diferentes puntos de España en forma de acuerdos de sus ayuntamientos, así como de personas cualificadas y distinguidas. De política gestual puede calificarse la decisión de Palafox de conceder a los zaragozanos el privilegio de que ningún tribunal pudiese imponerles penas infamantes.

Zaragoza, tan herida y doliente por los pasados sucesos, aún tuvo moral suficiente para engalanarse en lo posible con objeto de proceder a la proclamación solemne de Fernando VII, acordada en la reunión de las Cortes del 9 de junio anterior y que había quedado pendiente de encontrar el momento más oportuno. Si este acto supo rescatar los residuos de la alegría popular mediante toque general de campanas, luminarias, colgaduras y desfiles, el ajusticiamiento del coronel Falcó el día 22, casi dos meses después de la pérdida de la posición que mandaba, ensombrece la alegría de la proclamación real y oscurece la imagen de Palafox, que no supo o no pudo otorgar la indulgencia que hubiese requerido el caso. Dos días más tarde, el Cabildo metropolitano celebraba en el Pilar unos sufragios solemnes por cuantos habían perdido la vida en la defensa de Zaragoza.

La respuesta de Napoleón no daría lugar a dormirse en los laureles. La imprevista ofensiva española que tantos quebraderos de cabeza le había dado, decidiría su implicación personal. Los cuerpos de ejército españoles que habían protagonizado dicha ofensiva mandados por Castaños, Blake, Palafox y Vives, reunían unos 126.000 hombres, a los que habría de unirse el ejército de



“Ayer, hoy y siempre
a Zaragoza la defiende
su gente”

Extremadura que marchaba de Madrid hacia Burgos. Frente a ellos, los preparativos napoleónicos, fundamentados básicamente en soldados veteranos de la «Grande Armée», iban a lanzar sobre España 250.000 hombres que poco tenían que ver con aquellas unidades integradas mayoritariamente por soldados bisoños, que habían protagonizado la invasión de 1807.

La orden del día del ejército francés de 6 de noviembre de 1808 señala explícitamente que el emperador en persona había tomado el mando de su ejército; y efectivamente, será un empeño personal del propio Napoleón llevar a cabo una campaña de aniquilamiento, fruto de la enorme superioridad numérica y táctica de su ejército, buscando una victoria que correspondiese política y militarmente a la derrota que sus armas habían sufrido en Bailén el 19 de julio. Siete cuerpos de ejército, a las órdenes de los generales Victor (1er. C.E.), Bessières (2º C.E.), Moncey (3er C.E.), Lefèvre (4º C.E.), Mortier (5º C.E.), Ney (6º C.E.) y Saint-Cyr (7º C.E.), serían los encargados de alcanzar los planes de Napoleón.

Siendo uno de los objetivos prioritarios del Emperador francés recuperar la línea del Ebro, nuevamente Tudela estará en el punto de partida de los sucesos terribles que afligirán nuevamente a Zaragoza. Había recibido el mariscal Lannes el mando de todas las fuerzas francesas en el Ebro; el 22 de noviembre entraba sin oposición en Alfaro y atacaba al día siguiente las posiciones españolas en Tudela, donde el desacuerdo de algunos generales facilitaría las cosas a los franceses. La derrota de Tudela el 23 de noviembre, seguida de la dispersión de los efectivos españoles, ha sido duramente calificada por los tratadistas militares. De ella ha escrito J. Priego: «Este desastre, que dejó prácticamente fuera de combate a casi la mitad de nuestras fuerzas de primera línea, se debió a la falta de cooperación entre nuestros ejércitos de Centro y de Reserva, cuyos respectivos mandos se hallaban animados de miras divergentes».

En contra de los deseos de Napoleón y forzados por las circunstancias —necesidad de aprovisionamiento, retraso de las fuerzas del mariscal Ney, enfermedad del mariscal Lannes y el respeto que imponía el anterior fracaso ante Zaragoza— tras su victoria en Tudela, los franceses se tomaron casi un mes en reunir las fuerzas necesarias para combatir a Zaragoza y vencer su resistencia. El 30 de noviembre de 1808, las primeras avanzadas francesas llegaban a la vista de Zaragoza. Replegado el ejército francés hacia Alagón, donde ubicó su Cuartel General, hasta veinte días después no retomarían su iniciativa bélica contra la ciudad. Palafox ordenó que los franceses residentes y cuantos estaban detenidos en la Aljafería fueran trasladados al Bajo Aragón, concretamente a Alcañiz, para alejarlos de cualquier conato de represalia, como consecuencia de la derrota de Tudela.

José Antonio Armillas